

Menores en riesgo: la violencia de los menores en diferentes contextos socioeducativos

Children at risk: the violence of minors in different socio-educational contexts

JOSÉ JESÚS TRUJILLO VARGAS

Escuela Internacional de Mediación de Málaga
josejesus.trujillo1981@gmail.com

Resumen

Este estudio nace con el objeto de indagar sobre cómo los menores ejercen violencia en diferentes ámbitos, qué les lleva a utilizar la violencia en el ámbito familiar, qué recursos tienen los padres para afrontar esta situación, cómo se palia la violencia en centros de menores a través del trabajo de los profesionales y en qué forma todo este proceso está influenciado por el ámbito social donde se desenvuelven los menores. Se realizó durante 4 años y medio, en un contexto eminentemente interventivo familiar, como proceso de la terapia en violencia familiar que llevamos a cabo en un programa de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. De igual modo, contamos con sujetos que se encontraban tutelados por la entidad descrita (ámbitos de reforma y protección) como “víctimas” de un proceso de violencia en sus ámbitos familiares. En este proceso de investigación se han utilizado varias técnicas cualitativas: observación participante, historia de vida y estudio de caso. Uno de los hallazgos más relevantes obtenido a través del diario de campo en la observación participante es que se suele confundir, entre los educadores, el significado del valor de respeto y en muchas ocasiones, implícitamente, desean sumisión de los menores a sus mandatos, más que respeto de éstos hacia sus posibles propuestas. Una de las conclusiones más relevantes es el no reconocimiento de las emociones por parte de los menores en su vida personal, lo que desencadena un ciclo recurrente permanente de frustraciones de las que no encuentran una salida, más allá de los actos agresivos.

Palabras Clave: Menores; Padres; Violencia; Modelo educativo; Terapia familiar

Abstract

This study was born with the purpose of investigating how minors exercise violence in different areas, what leads them to use violence in the family, what resources do parents have to face this situation, how is violence in juvenile centers alleviated? through the work of the professionals and in what way this process is influenced by the social environment where minors work. It was carried out for 4 and a half years, in an eminently family intervention context, as a process of therapy in family violence that we carried out in a program of the Regional Government of Castilla-La Mancha. Similarly, we have subjects who were protected by the entity described (areas of reform and protection) as "victims" of a process of violence in their family areas. In this research process, several qualitative techniques have been used: participant observation, life history and case study. One of the most relevant findings obtained through the field journal in participant observation is that it is often confused, among educators, the meaning of the value of respect and in many cases, implicitly, they want submission of minors to their mandates, more I respect these towards their possible proposals. One of the most relevant conclusions is the non-recognition of emotions by

minors in their personal lives which triggers a recurrent cycle of frustrations of those who do not find a way out, beyond aggressive acts.

Keywords: Minors; Parents; Violence; Educational model; Family therapy

1. Introducción

Los cambios sociales que se han ido produciendo durante las últimas décadas en la sociedad occidental, han propiciado la aparición de nuevas dinámicas de convivencia que han afectado directamente al equilibrio de poderes existentes en el ámbito familiar.

En este artículo se presentan los resultados de un estudio realizado en diferentes ámbitos socioeducativos, todos vinculados al ámbito familiar, en donde se ha producido violencia filio-parental. Que podemos entender como “el conjunto de conductas reiteradas de agresiones físicas -golpes, empujones, arrojar objetos-, verbales -insultos repetidos, amenazas- o no verbales -gestos amenazadores, ruptura de objetos apreciados- dirigidas a los padres o adultos que ocupan su lugar” (Pereira y Bertino, 2010: 96).

Los medios de comunicación a través de: telediarios, programas televisivos, periódicos... se han referido, a lo largo de la última década, a noticias relacionadas con el uso de la violencia intrafamiliar ascendente, en la que los protagonistas son los hijos. En los últimos años, se han intensificado los esfuerzos por comprender los factores generales relacionados con la violencia juvenil. Guarda estrecha relación con la evolución que ha experimentado la opinión pública en las últimas décadas, con respecto a este fenómeno, en la que se puede percibir una preocupación creciente por los signos de violencia en jóvenes y adolescentes, en etapas cada vez más tempranas (Agustina y Romero, 2013).

Tradicionalmente, la idiosincrasia de este tipo de violencia ha propiciado que haya sido encubierta por las víctimas y desmentida por los agresores (Aroca, 2010), lo que ha dificultado determinar la prevalencia de dicho fenómeno. Conviene destacar que entre los años 2000 y 2004 hubo un aumento de las denuncias de los adultos que han padecido dicha violencia, como queda recogido en los distintos informes de la Fiscalía General (citados en Pereira y Bertino, 2009). Sin embargo, la Memoria de la Fiscalía del Estado (2010) anuncia un descenso de este tipo de denuncias. Más recientemente, la Fiscalía General del Estado (2015) da a conocer una subida constante, con altibajos, desde el año 2007, manteniéndose en los últimos cuatro años en 5000 casos registrados anuales en nuestro país.

El intervalo de edad más frecuente en el que suele ocurrir este fenómeno es el comprendido entre los 4 y los 24 años, conformando los 11 años la edad media de inicio. Siendo la adolescencia un período crítico para la manifestación de estos comportamientos (Pérez y Pereira, 2006).

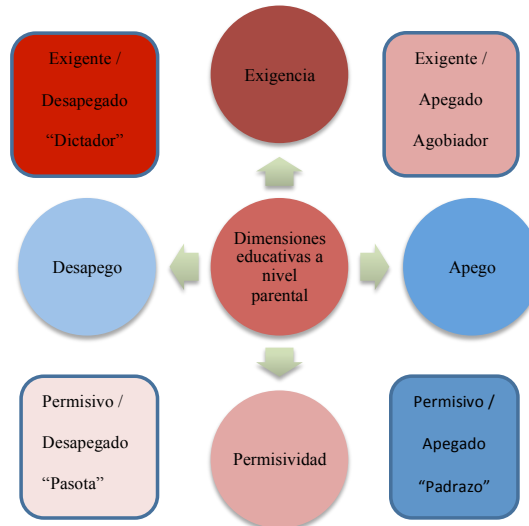
Este fenómeno se da en todas las clases sociales, siendo la clase media y alta, donde encontramos mayores referencias. De todas ellas, las familias con un solo progenitor suele ser un factor de riesgo y más, si ese progenitor es la madre. Otros citan los estilos de crianza, dónde la irritabilidad, la insuficiente comunicación dentro de la familia, límites o normas escasos o inconsistentes son la base de esas diadas agresivas (Almagro, Cutilla, Sánchez y Sola, 2019).

La violencia filio-parental se explica, en parte, el hecho de que desde la segunda mitad del siglo XX, se ha pasado de un sistema claramente autoritario a otro “democrático” mal entendido, a nivel educativo-familiar, en el que se correlaciona democracia con ausencia de autoridad o igualdad a la hora de tomar las decisiones (Pereira y Bertino, 2010).

En relación a lo comentado, Harbin y Madden (1979) dieron a conocer la multiplicidad de problemas que presentan las familias en las que existe violencia filio-parental, en tres de las principales áreas de la dinámica familiar: a) organización jerárquica y de señalamiento de normas; b) protección de la imagen familiar; y c) separación y fusión. Muy vinculado con estas

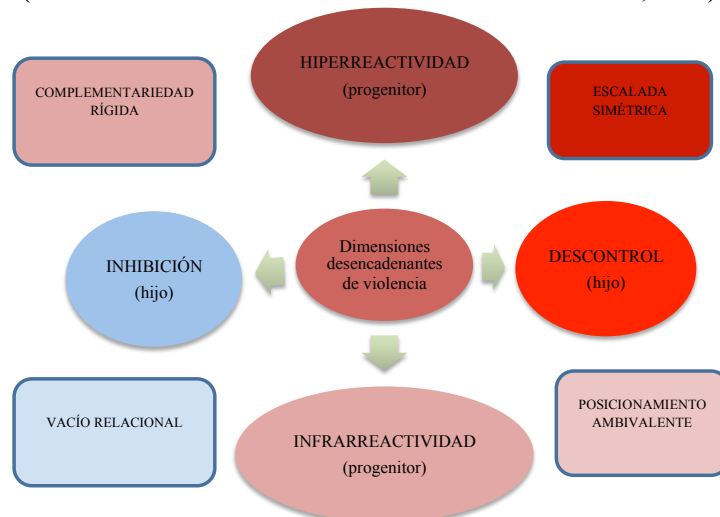
áreas problemáticas, se han observado una serie de dimensiones que explican este fenómeno (Santiago-Almazán, 2008): de un lado: exigencia vs permisividad y apego vs desapego, que caracteriza la actitud de los padres, con respecto a sus hijos.

FIGURA 1. DIMENSIONES EDUCATIVAS A NIVEL PARENTAL.
 (FUENTE: ADAPTADO DE SANTIAGO-ALMAZÁN, 2008)



Por otra parte, hiperreactividad – entendida como aquella reacción enérgica ante la situación convivencial- vs infrarreactividad – entendida como aquella ausencia de reacción- por parte de los padres y descontrol vs inhibición, ante las respuestas de los padres por parte de los hijos.

FIGURA 2. DIMENSIONES DESENCADENANTES DE LA VIOLENCIA ENTRE PADRES E HIJOS
 (FUENTE: ADAPTADO DE SANTIAGO-ALMAZÁN, 2008)



Éstas y otras dimensiones determinan una serie de patrones relacionales que propician o dificultan una convivencia más o menos pacífica. Por lo que la terapia familiar puede actuar como reguladora de los procesos convivenciales de aquellas familias que presentan situaciones de violencia entre sus miembros. Aunque el enfoque sistémico puede favorecer la erradicación o atenuación de los patrones violentos, en ocasiones es complicado, por unos u otros motivos, que la familia acuda en su integridad a un proceso de terapia psicológica, máxime cuando se presenta

violencia ascendente, en donde existen menores adolescentes agresores hacia uno o varios miembros familiares.

2. Métodos

2.1. Objetivos del estudio

Esta investigación se presenta como eminentemente cualitativa y nace de una serie de vivencias del investigador en los diferentes contextos socioculturales investigados, en donde el menor agresor desarrolla su convivencia. Nos centraremos en el ejercicio de violencia que el menor adolescente lleva a cabo con sus familiares más cercanos, sobre todo padres, aunque también lo estudiaremos en otro tipo de contextos como es el caso de centros de menores de protección, y en cómo se reproduce ese patrón de violencia y por qué se puede llegar a perpetuar.

Como objetivo general de esta investigación nos proponemos indagar sobre cómo los menores ejercen violencia en diferentes ámbitos y qué recursos tienen los padres y educadores para afrontar esta situación.

Los objetivos específicos son los siguientes:

1. Analizar las expectativas de los profesionales que trabajan en el campo de la violencia, en centros de menores de protección, sobre la reeducación y reinserción de los menores en riesgo con los que trabajan.
2. Observar el tipo de intervención de los profesionales y cómo incide en el proceso violento de los menores.
3. Analizar la repercusión que el estado emocional de los menores ejerce sobre su conducta violenta.
4. Detectar y analizar los antecedentes violentos a través de las historias de vida tanto de los menores como de los padres.
5. Determinar la influencia del carácter introvertido sobre el uso o no de la violencia familiar, por parte de los menores.
6. Establecer la conexión que existe entre estilo educativo familiar y uso de la violencia por parte del menor.

2.2. Procedimiento

En esta investigación abogamos por el uso de varias técnicas como son: la observación participante, la historia de vida y el estudio de casos, para, desde un paradigma cualitativo, llevar a cabo una triangulación de datos que verifique y dé a conocer el porqué del comportamiento de distintos grupos de adolescentes en contextos diferentes pero con componentes socializadores “similares”, basándonos en un análisis interactivo, colectivo y cultural. E, igualmente, hacemos hincapié, a través de este proceso de triangulación, en los factores que determinan que la violencia se “perpetúe” entre estos menores. Cada uno de los casos expuestos han sido analizados y evaluados por los distintos compañeros de las diferentes sedes del Programa de Prevención e Intervención en Violencia Familiar de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, a través de las reuniones mensuales de todo el equipo de profesionales, además de las revisiones periódicas realizadas por los

tutores de esta tesis doctoral. Esto ha generado modificaciones en los objetivos, dimensiones, subdimensiones, variables, análisis de resultados... Lo que indica que el análisis de datos y la obtención de resultados haya sido progresiva, fehaciente y rigurosa.

Coincidiendo con Olsen (2004) la triangulación, como estrategia de investigación en ciencias sociales, es algo más que un proceso de validación convergente. Supone un continuum que recoge una visión holística del objeto de estudio. No está orientada meramente a la validación, sino que persigue un ensanchamiento de los límites de la comprensión de la realidad estudiada. Genera en consecuencia una "dialéctica de aprendizaje".

Los instrumentos para la recogida de datos han sido el cuaderno de campo para las diferentes técnicas utilizadas.

2.3. Dimensiones, subdimensiones y variables del estudio

Las dimensiones, subdimensiones y variables que se han generado en este proceso de investigación, están fundamentadas en la realidad existente en las vidas de estas personas objeto de estudio, a raíz del conocimiento y vivencias mantenidas con ellas en torno a procesos vitales relacionados, en mayor o menor medida, con situaciones de violencia familiar.

A tenor de estos parámetros y en base a los objetivos y técnicas utilizadas en cada caso, nos quedaría la siguiente tabla:

TABLA 1. CATEGORIZACIÓN DE DIMENSIONES, SUBDIMENSIONES Y VARIABLES DE LA INVESTIGACIÓN (ELABORACIÓN PROPIA)

OBJETIVOS	DIMENSIONES	SUBDIMENSIONES	VARIABLES	TÉCNICAS-MÉTODOS
1. Analizar las expectativas de los profesionales que trabajan en el campo de la violencia, en centros de menores de protección, sobre la reeducación y reinserción de los menores en riesgo con los que trabajan	Expectativas de los profesionales que trabajan con menores violentos sobre su posible reeducación	- Tipo de comunicación entre los profesionales y los menores durante su convivencia	<ul style="list-style-type: none"> • Mensajes de respeto • Conflictos dialécticos • Mandatos e imposiciones • Amenazas utilizadas • Chantajes 	Observación participante
		- Experiencia previa de los profesionales trabajando con este perfil de menores o siendo menor acogido	<ul style="list-style-type: none"> • Recursos parecidos en los que han trabajado • Otros ámbitos trabajando con menores • Experiencia previa como menor acogido en protección 	Observación participante
		- Diálogos entre los educadores de los centros en torno a la situación de los menores	<ul style="list-style-type: none"> • Prejuicios que evidencian sobre los adolescentes • Comentarios acerca de la actitud de los menores • Sobrenombre que utilizan para referirse a un menor • Reflexiones sobre el hipotético futuro de los mismos 	Observación participante
2. Observar el tipo de intervención de los profesionales y cómo incide en el proceso violento de los menores	Intervención de los educadores que mitigan o reproducen el proceso violento	- Sentimiento de apego que los menores experimentan con los educadores	<ul style="list-style-type: none"> • Palabras de cariño de los menores hacia estos • Reticencia a la hora de coger confianza con los educadores • Apoyo en los educadores cuando tienen problemas • Muestras de cariño mutuas 	Observación participante

OBJETIVOS	DIMENSIONES	SUBDIMENSIONES	VARIABLES	TÉCNICAS-MÉTODOS
		- Manera de contener las conductas violentas de los menores, por parte de los profesionales. Gestión de los momentos de enfado	<ul style="list-style-type: none"> • Qué hacen para contener la conducta • Sujeciones físicas • Otras estrategias de contención utilizadas • Colaboración entre educadores para la contención • Autoridad vs respeto • “Verticalidad-horizontaldad” en el trato 	Observación participante
		- Análisis de la situación y aplicación de consecuencias ante las conductas violentas de los menores, por parte de los educadores	<ul style="list-style-type: none"> • Tipo de consecuencias utilizadas • Momento elegido para interponer consecuencias • Respeto de las consecuencias impuestas por otros educadores • Adecuación de las consecuencias a la edad de los menores • Atribuciones sobre la conducta de los menores 	Observación participante
3. Analizar la repercusión que el estado emocional de los menores ejerce sobre su conducta violenta	Estado emocional de los menores ante sus conductas violentas	- Situaciones de ansiedad vividas por los menores	<ul style="list-style-type: none"> • Motivos y situaciones de preocupación • Dificultad para tomar decisiones • Miedos de los menores • Pensamientos negativos de los menores sobre ellos mismos o sobre sus compañeros 	Observación participante
		- Situaciones de rabia vividas por los menores	<ul style="list-style-type: none"> • Control de la ira • Agresiones ante la pérdida de control • Irritabilidad • Verbalizaciones • Tolerancia a la frustración 	Observación participante
		- Momentos de alegría vs momentos de	<ul style="list-style-type: none"> • Ilusiones verbalizadas • Satisfacciones 	Observación

OBJETIVOS	DIMENSIONES	SUBDIMENSIONES	VARIABLES	TÉCNICAS-MÉTODOS
		tristeza de los menores en el centro donde viven o en las interacciones con sus iguales	vividas <ul style="list-style-type: none"> • Expresión de alegría • Insatisfacciones • Expresión de tristeza • Desencadenantes de momentos alegres y tristes 	participante
4. Detectar y analizar los antecedentes violentos a través de las historias de vida tanto de los menores como de los padres	Antecedentes de violencia en las vidas personales de los menores, objeto de estudio	- Existencia de violencia de género, bullying u otro tipo de violencia en la experiencia vital de los menores	<ul style="list-style-type: none"> • Cómo está influyendo su historia violenta en su presente • De qué forma reproduce actitudes violentas en su día a día • Cómo afrontó la situación violenta • Factores resilientes 	Historias de vida Estudios de casos
		- Situaciones en donde los menores no expresan su malestar	<ul style="list-style-type: none"> • En qué situaciones se quedan callados y poco conformes • Cómo lo expresan cuando están preocupados • Situaciones donde se ruborizan 	Observación participante
5. Determinar la influencia del carácter introvertido sobre el uso o no de la violencia familiar, por parte de los menores	Carácter introvertido en los menores violentos	- Desenvolvimiento de los menores en situaciones cotidianas y resolución de las mismas	<ul style="list-style-type: none"> • Conflictos en los que intervienen fuera y dentro del centro y resolución de los mismos • Cómo reaccionan a la hora de conocer a nuevos integrantes del centro • Rasgos de identidad individual y grupal 	Observación participante
		- Nivel de asertividad mostrada por los menores en momentos de tensión	<ul style="list-style-type: none"> • Situaciones en las que hacen algo que no quieren hacer por no quedar mal con otras personas • Respuestas pasivas, asertivas y agresivas que emplean en sus relaciones en el centro y en las sesiones de grupo • Utilización de los mensajes “yo”: “me 	Observación participante

OBJETIVOS	DIMENSIONES	SUBDIMENSIONES	VARIABLES	TÉCNICAS-MÉTODOS
			gustaría, me encantaría” vs utilización de mensajes directos o de mandato	
6. Establecer la conexión que existe entre estilo educativo familiar y uso de la violencia por parte del menor	Modelos educativos y violencia de menores	- Modelo educativo familiar en el que se está desarrollando el menor y cómo afecta en las conductas del mismo	<ul style="list-style-type: none"> • Qué modelo impera de los descritos en la teoría (hiperprotector, permisivo, autoritario, sacrificante, delegante o intermitente) • Tipología parental (exigencia vs permisividad, apego vs desapego) • Tipología parental filial (hiperreactividad vs infrarreactividad, inhibición vs descontrol) • Qué fomenta la semilla patológica en la relación familiar • Establecimiento de límites y normas de la familia 	Estudio de casos Historias de vida

2.4. Muestra

La muestra ha sido seleccionada a través de un proceso no probabilístico intencional, a raíz de la estancia en un centro de menores de protección y de las terapias cognitivo-conductuales-sistémicas que se realizaron a través del servicio de apoyo e intervención familiar ya descrito.

Así pues, para este estudio hemos contado con: 12 educadores de un centro de menores de protección, 6 menores de un centro de protección, cuatro familias con menores agresores que son protagonistas de cuatro estudios de casos clínicos que hacen un total de 14 personas (5 menores agresores, 3 padres, 4 madres, 2 hermanas mayores de edad, 1 hermano de menor de edad, de dichos menores agresores), 4 personas que acudían a terapias con las que elaboramos sus historias de vida (3 menores y 1 madre), 4 menores que han estado ingresados en centros de reforma (con dos de ellos se han elaborado sendas historias de vida y las otras dos son protagonistas de dos estudios de caso respectivamente). En total 40 personas que conforman parte de este estudio multidimensional sobre violencia ascendente o filio-parental.

3. Resultados

A tenor de los objetivos, dimensiones, subdimensiones y variables de este estudio, conviene detallar los resultados más significativos obtenidos en esta investigación.

En relación al objetivo 1 se llevó a cabo una recogida de datos a través del cuaderno de campo, durante el período que duró la observación participante en el centro de menores protegidos donde se realizó la investigación. A través del análisis de estos datos se obtuvieron una serie de resultados, de los que podemos reseñar los siguientes:

Una amplia mayoría de los educadores contemplan a los menores tutelados en una situación de “presente”, o sea plantean su labor educativa sobre cómo los menores cumplen las normas y

responsabilidades diariamente, más que como un proceso pensado para generar beneficios en el futuro. Esto se hace patente a través de una serie de rutinas diarias que tienen que llevar a cabo obligatoriamente porque en el caso de no ser así, tendrán sus respectivas consecuencias. Plantean el futuro de los menores como algo “negro” que irremediamente va a estar unido a delincuencia, centros de reforma, adicciones, etc. Lo que de una u otra manera genera una “profecía autocumplida”, auspiciada por unas expectativas hacia los menores adolescentes que, en ocasiones, suponen un refuerzo para el ejercicio de la violencia por parte de estos.

En muchas ocasiones, los mandatos y las imposiciones son la forma de comunicarse por parte de los educadores a la hora de solicitar que los menores cumplan con sus responsabilidades. Los menores responden con frecuencia con negativas ante estos mandatos y a raíz de ahí existen conflictos dialécticos entre el menor que ha recibido el mandato y el educador que lo ha realizado.

Las amenazas, chantajes y subidas de tono por parte de los educadores hacia los menores ascienden en la medida en que el enfado de estos se hace más patente, intentando utilizar estos recursos como medida de amedrentamiento. Dichas amenazas y chantajes tienen que ver con futuras actividades que los menores podrían desarrollar en circunstancias normales, es decir: paseos en el fin de semana, pagas, salidas de tarde, salidas a ciber, salidas a piscina, etc.

El “perfil” con el que nos hemos coordinado, a lo largo de este período de cuatro años y medio de intervención terapéutica, ha sido, a nivel general, el de educadores con poca experiencia en el terreno laboral y con poca experiencia específica en el terreno de los menores infractores o menores hacia los que se haya ejercido violencia familiar. Así ha quedado constatado igualmente en la observación participante.

En relación con el objetivo 2 se llevó a cabo una recogida de datos a través de un cuaderno de campo, durante el período que duró la observación participante en el centro de menores protegidos donde se realizó la investigación. A través del análisis de estos datos se obtuvieron una serie de resultados, de los que podemos reseñar los siguientes:

Significar que el apego entre los menores y los educadores es significativo, cada menor tiene como referencia a un tutor, tanto a la hora de comentarle pequeñas preocupaciones, como a la hora de tomar decisiones con respecto a sus vidas. Aunque no en todo momento los menores comunican de manera explícita sus emociones, temores, expectativa; ni en todos los casos, los educadores se muestran capaces de detectar las verdaderas necesidades de los menores.

Los menores, tienen ciertas reticencias a encariñarse con los nuevos educadores, no en vano muchos de ellos provienen de otros centros donde habían dejado atrás educadores de referencia y habían sufrido un desapego prematuro de sus padres, por diferentes circunstancias, con lo cual, como elemento protector, evidencian cierta resistencia a “engancharse emocionalmente” a los nuevos educadores. Esa “tela de araña” se va rompiendo en función del apego mostrado por los educadores y de las habilidades de estos para ganarse la confianza de los menores y evidentemente posee gran influencia el carácter de los menores para posibilitar el acercamiento.

Las muestras de cariño: besos, abrazos, lenguaje cariñoso... no se hacen muy patentes entre algunos educadores y los menores, sin embargo en otras ocasiones, surgen muestras espontáneas por parte de los menores y también muestras de afecto diversas por parte de algunos educadores.

Aunque durante el tiempo que hemos permanecido en el centro no hemos presenciado ninguna sujeción, dos menores nos comentaron que si habían recibido desde su llegada al centro varias sujeciones para contrarrestar su conducta. Los mismos la consideraban a la larga como una

buena manera de controlarlos. Con lo que indirectamente se les transmite que a veces con ellos hay que actuar así, que no existe otra posibilidad. Los mismos argumentos que ellos alegan en otros ámbitos de su vida, como por ejemplo en la calle, cuando suelen mostrar actitudes agresivas a la hora de referirse a otros menores con los que tienen alguna cuestión pendiente.

Existe, a nivel general, colaboración a la hora de abordar la problemática con los menores y los educadores intentan ponerse de acuerdo tanto en la forma de aplacar la conducta de los menores, como en el establecimiento de las consecuencias a estas conductas, aunque no siempre son respetadas entre educadores, ni ejecutadas de la misma manera sobre todo entre educadores de diferentes turnos. Los menores interpretan la descoordinación entre educadores como síntomas de fragilidad en el proceso educativo y les “anima” a seguir retando las normas establecidas en el centro. Bien es cierto, que con unos educadores es más proclive que pase esto que con otros.

Se suele confundir, entre los educadores, el significado del valor de respeto y en muchas ocasiones, implícitamente, desean sumisión de los menores a sus mandatos, más que respeto de estos hacia sus posibles propuestas. Por tanto, como acabamos de mencionar, apuestan por un tratamiento hacia los menores vertical y cuando los menores reclamaban cierta horizontalidad, no siempre es detectada por los educadores, existiendo acciones incongruentes y ambivalentes entre la imagen que quieren mostrar ante los menores y su manera de proceder, es decir, en ciertas ocasiones los educadores actúan de una manera u otra dependiendo de factores como: si el otro educador estaba presente o no, del menor del que se tratara, de la afinidad con el menor al que interponer la consecuencia, del momento emocional del educador... Esto conlleva confusión de los menores, porque aunque se refleja la idea de que todo en el centro está consensuado entre educadores la praxis de cada uno es muy distinta a la de los otros y por otra parte posibilita pérdida de confianza de los menores sobre los educadores ya que sienten “miedo” de exponer cualquier problema al no saber si en ese momento les van a reprender o no.

Existe un educador de referencia, para los otros educadores y para los menores, cuyas creencias sobre la educación de los menores consisten en valorar la disciplina, el orden, el mandato y el autoritarismo como las formas proclives para controlar a los menores. Las acciones de este educador no son cuestionadas por ningún compañero, por el simple hecho de que es el que más tiempo lleva en el centro e igualmente había sido un menor protegido en su infancia. Incluso si se proponen otras medidas alternativas “corres el riesgo” de que te etiqueten de “blando”.

Aunque está estipulado en el protocolo de actuación interna, cada educador propone consecuencias distintas ante conductas negativas de los menores, siendo incongruentes en muchos casos a la hora de interponer las mismas tanto en el momento, como en la ejecución como en el cumplimiento. En muchos casos las consecuencias son injustas, según otros educadores y según los menores, sin embargo son pocas las veces que los educadores reconocen sus errores, ya que piensan que esto es un síntoma de debilidad ante los menores. Las consecuencias al no ir en consonancia, en ocasiones, con lo que los menores han dejado de hacer, lo que han roto, con la falta de responsabilidad que han tenido o con el insulto que han cometido, no son en sí mismas reparadoras ya que no implican un costo de respuesta hacia el menor en función de lo que han roto, de lo que han dejado de hacer, de su falta de responsabilidad o del insulto que han cometido. El educador que más tiempo lleva en el centro (al que ya hemos aludido y cabe destacar que en su infancia fue menor protegido en un centro con características similares al que venimos describiendo) suele cuestionar las consecuencias impuestas por los demás educadores cuando considera que no son

demasiado “duras”, sobre todo si estos son educadores “novatos”, potenciando la idea en los menores de que no todos los educadores saben lo que hacen y por tanto no todos los educadores merecen el mismo respeto ni el mismo nivel de atención.

En ocasiones las consecuencias no son ajustadas a la edad de los menores adolescentes, no tienen en cuenta su momento evolutivo y se proponen en función de consecuencias que los educadores “sufrían” cuando eran menores, lo que no favorece en nada una intervención contextualizada.

En lo relativo a la actitud de los menores, queda patente que muchos de los educadores se toman estas actitudes como algo personal, como si los momentos de enfado de los menores se debieran a un “ajuste de cuentas” hacia ellos, siendo en pocas ocasiones capaces de diferenciar la conducta problema de los menores, de lo que son los menores en sí. Las atribuciones sobre la conducta de los menores, son bastante parecidas a las que pueden realizar padres y madres, en las terapias, hacia sus hijos con problemas conductuales.

En relación con el objetivo 3 se llevó a cabo una recogida de datos a través de un cuaderno de campo, durante el período que duró la observación participante en el centro de menores protegidos donde se realizó la investigación. E igualmente, la información en este objetivo vino dada por los cuadernos de notas de los grupos focales que se llevaron a cabo durante varias sesiones con menores agresores, ejecutores de violencia filio-parental. A través del análisis de estos datos se obtuvieron una serie de resultados, de los que podemos reseñar los siguientes:

Los menores muestran preocupación en torno a la presión social que existe a nivel material, ya que si no poseen los bienes materiales que les dan status a los mismos dentro del grupo de iguales se sienten en desigualdad con respecto a quienes si los poseen.

Por otra parte, en general, aunque no lo evidencian de manera continua, se encuentran bastante frustrados y temerosos sobre su futuro, en relación al trabajo que van a desempeñar y si van a tener una fuente de ingresos, aunque dejan en manos de los educadores todas las decisiones a este respecto.

Las frecuentes escaladas de ira, por multitud de motivos: desacuerdos con educadores, no conseguir lo que quieren, desacuerdos con compañeros, reacciones espontáneas por recuerdos, etc., no siempre son gestionadas de manera eficiente por los educadores del centro, ya que en algunas ocasiones, en el momento de la escalada de la ira, realizan comentarios que añaden más “leña al fuego”, provocando mayor ira en los menores, lo que refuerza la conducta de estos en otras situaciones de convivencia. Con estas reacciones de los educadores, los menores ya poseen información para, en situaciones parecidas, desestabilizar a los mismos.

En estas escaladas de ira, los menores verbalizan constantes desaprobaciones hacia la actitud de algún compañero o hacia el mandato de algún educador, llegando en algunos casos a insultar. Es decir, cuando se enfadan, realizando o no una conducta agresiva, justifican su enfado, lo que nos hace descartar algún tipo de psicopatía.

Las situaciones de intolerancia a la frustración en los menores, básicamente, giran en torno a cuando no se “salen con la suya” ante una determinada situación y la interpretación suele ser que el educador quedaba por encima de él o ella. Entre ellos se enzarzan en peleas ante cualquier situación, demostrando una predisposición por solucionar sus conflictos de manera agresiva, necesitando de la ayuda de los educadores para resolver las situaciones conflictivas. Salvo contadas

ocasiones, no llegan a realizar actos violentos graves o que causen un daño real a educadores o compañeros.

A nivel general, los menores son poco expresivos a la hora de mostrar sus ilusiones, satisfacciones, inquietudes... Aunque la transición de la tristeza a la alegría, en no pocas ocasiones discurre en breves espacios de tiempo. Esto está muy relacionado, entre otras cosas, con la personalidad de los mismos, ya que existe un grupo de menores con bastantes rasgos de introversión. Salvo una menor, informante clave, que es bastante expresiva y demandante de todo aquello que considera que le puede hacer más feliz, aunque a veces son incongruentes sus peticiones. Precisamente, es la menor mejor considerada por el grueso de los educadores, quienes coinciden en afirmar que es la menor con mayores posibilidades y con mayores expectativas de futuro.

Uno de los menores vive en una traslación constante de emociones, y pasa de la alegría a la tristeza frecuentemente. La tristeza, la impotencia, la rabia, las muestra normalmente a través del llanto y la alegría a través de sonrisas y abrazos, sobre todo a su tutor, aunque también al educador que estuviera en ese momento junto a él.

En cuanto a los grupos de discusión, conviene resaltar Durante el transcurso de estos grupos de discusión pudimos descubrir que existen muchos hándicaps que no se pueden controlar y que se escapan a la intervención de sesiones esporádicas con menores con alto riesgo de ejercer conductas violentas en diferentes contextos. Máxime cuando en los grupos sólo se contaba con los menores y no estaba dirigido a padres de esos menores, de hecho cuando evaluamos que uno de los menores podría entrar en terapia continuada junto a sus padres, estos nos comunicaron que su hijo no necesitaba este tipo de apoyo, con lo que evidentemente en este caso existía un refuerzo continuo a las conductas de este menor.

La transición emocional de estos menores es continua y de repente muestran una enorme motivación ante una temática, para seguidamente mostrar una apatía digna de mención. En la sesión dedicada al reconocimiento de emociones, apenas existe interacción por parte de los menores sobre la temática, no reconociendo dichas emociones, no sabiendo poner ejemplos clarificantes vividos por ellos.

El conocimiento del ciclo de la ira por parte de los menores sólo se produce cuando los mismos observan un vídeo donde otro menor lleva a cabo las diferentes fases del mismo: tensión, explosión y culpabilización. Anteriormente a esta exposición del video no existe un reconocimiento de la ira y de su ciclo como potencial paso previo a una conducta violenta.

Los conflictos se suceden frecuentemente y casi por cualquier motivo, a veces sin motivo aparente, incluso, a emiten insultos hacia otros compañeros. Existe una constante tensión que se ve paliada en momentos puntuales, muchos de ellos coinciden con la proyección de videos en donde menores perdían el control de situaciones convivenciales y agredían a familiares, frecuentemente a sus madres.

Los menores que conforman los grupos de discusión se muestran en general con cierta oposición a hablar de sus vidas personales y de las acciones que llevan a cabo, que a fin de cuentas eran las que han posibilitado que acabaran acudiendo a estas terapias con nosotros.

Es precisamente el no reconocimiento de las emociones que implica cada acción de su vida personal, familiar y social lo que, a nuestro juicio, posibilita que los menores vivan en un ciclo recurrente permanente de frustraciones de las que no encuentran una salida más allá de los actos

agresivos y por lo que se encuentran constantemente “a la defensiva” cuando otros compañeros o personas adultas se dirigen a ellos para pedirles responsabilidades. El no reconocimiento del miedo como una emoción en su día a día es un claro ejemplo de lo que venimos comentando, toda vez que lo interpretan como una situación de fragilidad, dicho reconocimiento, ante sus iguales y ante los mayores.

En relación con el objetivo 4, se llevó a cabo una recogida de datos a través de un cuaderno de campo, durante el período de duración de las sesiones terapéuticas, donde se elaboraron historias de vida y estudios de casos con diferentes familias con la problemática, ya reseñada, de violencia filio-parental. A través del análisis de estos datos se obtuvieron una serie de resultados, de los que podemos reseñar los siguientes:

En una de las historias de vida, existe un caso de bullying. Cabe destacar la capacidad de resiliencia de esta menor, actualmente adulta, se ha desarrollado poco a poco a lo largo de su historia vital y en la medida que ha comprendido que su vida depende sólo y exclusivamente de ella y de las decisiones que pueda tomar. Aun así, después de todas las experiencias expresadas en la historia de vida, cabe significar la gran fortaleza que la menor tiene para ir sobreponiéndose y normalizar su día a día. Aunque estas fuerzas “flaquearon” en un momento determinado cuando tomó la determinación de “acabar con todo”. Por aquel entonces se daban muchos de los factores propicios para que la menor siguiera victimizándose, en tanto en cuanto los padres la infravaloraban constantemente, se sentía “desplazada” en el colegio, le costaba exponer sus sentimientos, nadie le ayudó a reconocer la situación de maltrato en el colegio y le costaba bastante hacer nuevas amistades.

En otra de las historias de vida de esta investigación, cabe significar que pese a que el menor, protagonista de la misma, ha sufrido violencia tácita por parte de su madre, no utiliza la violencia en su día a día y ha sido capaz de inhibir su frustración y de llevar una vida normalizada en casa de su padre. Nunca se ha visto inmiscuido en ningún tipo de problemas ni en la calle, ni en el trabajo, ni en ningún ámbito donde interacciona con otras personas. Salvo en la situación de denuncia interpuesta por su madre y la que era su pareja en aquel momento (por la que tuvo que recibir terapia psicológica, aun sin muestras fehacientes de que dichos actos violentos hubieran sido reales). Con lo cual, se hace patente que en no todas las circunstancias quien ha sufrido violencia se “convierte” en ejecutor de la misma en su vida adulta.

En uno de los estudios de casos de esta investigación cabe significar, relativo a este objetivo, que el padre del protagonista tuvo una reacción reforzadora de la conducta violenta del hijo. En lugar de protegerle y ayudarle en la situación emocional de bullying, cuando más le necesitaba su hijo como filtro de todo lo que estaba viviendo, el padre le invitó a seguir con la cadena de violencia, animándole a que se apuntara a un gimnasio y trabajara sus músculos para que esto no le ocurriera más, dándole así la idea de no aceptación de su cuerpo e implícitamente dándole a entender que si en aquel momento no hubiera estado pasado de kilos, todo hubiera sido distinto.

Paradójicamente, el hecho de que se sintiera más fuerte le sirvió como factor resiliente para sentirse menos frágil, sin embargo no le ayudó a canalizar la ira que poseía cuando pensaba en todos estos chicos que le habían golpeado, con lo cual en cuanto pudo llevó a cabo su “venganza” con cada uno de ellos, como el mismo nos comenta en terapia. En la actualidad no quiere recordar la situación de acoso que sufrió aunque la misma evidentemente queda reflejada en su personalidad, en su manera de proceder y de socializarse.

En relación con el objetivo 5 se llevó a cabo una recogida de datos a través de un cuaderno de campo, durante el período que duró la observación participante en el centro de menores protegidos donde se realizó la investigación. E igualmente, la información en este objetivo vino dada por los cuadernos de notas de los grupos focales que se llevaron a cabo durante varias sesiones con menores agresores, ejecutores de violencia filio-parental. A través de estos datos y de su análisis se obtuvieron una serie de resultados, de los que podemos reseñar los siguientes:

Los menores del centro estudiado muestran sus preocupaciones generalmente a través de enfados ya que, usualmente, es el mecanismo utilizado para dar a conocer la situación emocional que cada cual posee, salvo un menor que en lugar de mostrarlo a través de enfado, deja pasar las situaciones problemáticas en su día a día sin asumirlas y sin verbalizarlas, entre otras cosas por su carácter introvertido y por otra parte por su miedo a las “represalias”, aunque estas al final le suelen pasar factura igualmente.

El hecho de ser en su gran mayoría menores introvertidos les condiciona a la hora de recibir halagos por parte de los otros menores y sobre todo por parte de los educadores, de tal manera que se suelen sentir “avergonzados” cuando se ven como el centro de atención de dichos halagos.

Existen dos menores “altamente” conflictivos y bastante impulsivos, que generalmente provocan mayor cantidad de conflictos no sólo con otros menores sino también con los educadores. En la mayoría de las ocasiones en los conflictos median los educadores y suelen acabar con consecuencias punitivas para los menores, no observamos ningún altercado con consecuencias físicas graves para menores ni para educadores. A estos conflictos van unidos las causas pendientes con la ley fuera del ámbito del centro, que no son tratadas de ninguna manera por parte de los educadores, simplemente los mismos se basan en que los menores asuman las consecuencias de lo que dicte la ley, dando por hecho que si los problemas vienen desde un ámbito externo, ellos no tienen ningún tipo de implicación, ni responsabilidad en los mismos.

Durante la estancia en el centro podemos comprobar cómo los menores actúan de manera muy cordial con una nueva integrante que se incorporó un par de semanas después de que comenzáramos a trabajar en el mismo. Todos intentan ganarse la confianza de la nueva integrante del centro a través de respeto, de diálogos frecuentes con alabanzas y llevando a cabo favores hacia esa persona que no concedían a los otros menores. Esta nueva integrante establece una “especial” alianza con la otra chica del centro, quien se convierte en su confidente y en su “protectora” y al poco tiempo comienza una relación sentimental con uno de los menores del centro. El ritual de “reconocimiento” es muy esclarecedor a la hora de observar la conducta de los menores en diferentes situaciones novedosas de convivencia. Cumpliéndose la premisa de que todos queremos ser aceptados y para ello podemos poner en juego herramientas que no usamos habitualmente.

Conviene hacer hincapié en que cualquier acción propia del período evolutivo de la adolescencia, llevada a cabo por estos menores, es sobredimensionado por los educadores, catalogando y patologizando dichas acciones, lo que favorece una situación de conflicto más o menos constante y el hecho de que los menores se sientan continuamente enjuiciados.

Por esa necesidad de aceptación que venimos comentando, es por lo que, en muchas ocasiones, los menores llevan a cabo acciones que les reportan un refuerzo bien por parte de los educadores o por parte de otros compañeros, aún a pesar de que algunas de estas acciones les supone un esfuerzo extra y las realicen con cierto desagrado. En muchas otras situaciones en las que los menores no están de acuerdo con los educadores, por las razones que sean, guardan silencio y

normalmente les hacen ver sus desacuerdos de manera desajustada y agresiva. Podemos decir que van acumulando muchas pequeñas frustraciones que finalmente canalizan de manera incorrecta, llegando a una situación de explosión ante “desencadenantes insignificantes”.

En relación a su capacidad para dar respuestas ajustadas a las situaciones vividas, hay que comentar que los menores van de un estado de pasividad a un estado agresivo, apareciendo en muy pocas ocasiones una respuesta asertiva y equilibrada a las situaciones que están viviendo. Aunque esto depende, en gran medida: del educador que se encuentre en ese momento, del lazo de unión que tengan con otro compañero, de la situación vivida..., por lo tanto los mensajes “yo” apenas existen, aunque como hemos indicado anteriormente tampoco son usados de manera frecuente por los educadores cuando se dirigen a ellos.

Teniendo en cuenta la información obtenida a través de los grupos de discusión, en lo relativo a este objetivo, cabe significar que los menores muestran una respuesta eminentemente agresiva y otros menores pasiva, que se convierte en agresiva cuando existen acciones o situaciones que les generan frustración y que no saben dominar, como por ejemplo: abordar un tema que desconocen o en el que no se sienten competentes. En este contexto se ven claramente las deficiencias educativo-emocionales que a nivel familiar y escolar presentan estos menores, quienes observan la asertividad como una “manera de debilidad”, de someterse al otro, y la manera de defender sus derechos siempre se realiza intentando quedar “por encima del otro”, a través de insultos, ironías, descalificaciones, etc., lo que se refuerza en las sesiones con las risas y apoyos verbales de los demás miembros del grupo. Con lo cual, cuando se refieren a sus compañeros lo hacen a través de mensajes impositivos, lo que provoca un malestar en los mismos y esto lleva consigo conflictos dialécticos, que, en ocasiones, trascendían las sesiones de grupo y se trasladaban a la calle.

En relación con el objetivo 6, se llevó a cabo una recogida de datos a través de un cuaderno de campo, durante el período de duración de las sesiones terapéuticas, donde se elaboraron historias de vida y estudios de casos con diferentes familias inmersas en la problemática, ya reseñada, de violencia filio-parental. A través de estos datos y de su análisis se obtuvieron una serie de resultados, de los que podemos reseñar los siguientes:

Como ejemplo, significaremos que en la primera historia de vida reseñada en la investigación realizada, se observa que el padre lleva a cabo un modelo educativo intermitente extremo con su hijo, en donde no existen unas peticiones coherentes hacia él mismo, mientras su madre apuesta por un modelo protector hacia su hijo. Por otro lado, el padre está condicionado porque nunca superó la separación de su ex-mujer, a la par de tener una adicción severa al alcohol, esto repercute sobre su manera de comportarse y sobre la manera de tratar a su hijo, quien manipula la situación a su antojo y crea indirectamente una situación de impotencia abismal en su ex-mujer, la cual se veía “atada de pies y manos”. El padre intenta conseguir el beneplácito de sus hijos a través de regalos, porque nunca ha sido capaz de crear un vínculo afectivo realmente fuerte con ninguno de ellos y durante el tiempo que vivieron juntos entorpecía constantemente la labor de la madre que si era bastante más coherente. El padre se olvida de ponerle límites y normas al hijo, porque está convencido de que su hijo es suficientemente inteligente para saber lo que tiene que hacer. Existiendo una posición ambivalente con la madre, y un vacío relacional con el padre, que en determinadas circunstancias se transforma en escaladas simétricas, cuando el menor no consigue lo que quiere, bien es cierto que con la madre no consigue tantos bienes materiales en relación a los que consigue con el padre. Con uno y con otro entra en luchas de poder, en el caso del padre cuando éste no aguanta más la

situación y estalla ante la actitud del hijo y en el caso de la madre cuando ésta intenta corregir sus conductas.

Se trata de un padre permisivo desapegado y de una madre que cumplía el perfil de exigente apegada. El padre por tanto está “desenganchado emocionalmente” de su hijo y la madre intenta compensar esto, a través de un intento de exigencia sano y del apoyo emocional a su hijo, por lo tanto se muestra como apegada, permisiva (ya que sus demandas no eran llevadas a cabo por el hijo y al final cedía a sus chantajes) e hiperprotectora.

Por otra parte el modelo intermitente del padre y la infrarreactividad ante las situaciones conflictivas con el hijo posibilita que el menor ostente un mayor poder en el hogar paterno, exigiendo continuamente que el padre le conceda todos sus deseos “materiales”, cuando el padre no aguanta más la situación, la infrarreactividad se transforma en hiperreactividad para tratar de que el menor corrigiera su conducta, lo que posibilita un mayor descontrol en el hijo que se traduce en frecuentes escaladas simétricas entre ambos. El padre intenta controlar la conducta problemática del menor pero éste en lugar de corregirla se enfrenta al mismo de una forma muy agresiva posibilitándose crisis de violencia verbal, de padre a hijo y de hijo a padre, cada vez más frecuentes.

La “semilla patológica” en esta relación triádica consiste en que cuando el menor presiona para conseguir lo que quiere no suele ser correspondido por parte de la madre, sin embargo el padre sí que accede a todas sus pretensiones, con lo cual el menor cada vez tiene más poder tanto en el hogar de la madre como en el del padre, al que finalmente dejó de acudir de forma periódica. Los límites convivenciales entre hijo y padre no están bien definidos y esto con el tiempo se ha generalizado a la convivencia con la madre.

Conviene reseñar como ejemplo uno de los estudios de casos que conforman esta investigación, ya que el modelo educativo es bastante dispar entre la madre y el padre, mientras la primera usa un modelo protector, que a veces como ella misma reconoce pudo ser hiperprotector, el padre lleva a cabo un modelo intermitente, en donde en muchas situaciones muestra bastante exigencia y en otras no muestra ninguna, en donde a veces se erige como un padre normativizador y en otras circunstancias un padre “laxo”. Por lo tanto presenta una tipología parental que cursa entre exigente-desapegado (dictador) y permisivo-desapegado (pasota), siendo esta última más patente que la primera. Con la madre, el menor presenta una relación parento-filial basada en una complementariedad rígida, donde el progenitor intenta controlar, exigir, modificar o estimular la conducta-problema de César, pero éste no responde, no se enfrenta ni se autoafirma y aunque dice sí en muchas ocasiones a las peticiones de la madre, posteriormente no las cumple, y la tipología parental de la madre se corresponde con la de permisiva apegada (madraza). Con el padre se halla en un vacío relacional, ya que tanto éste como su hijo tienen poco que ofrecerse. El padre de César parece estar desligado y poco interesado de la vida de su hijo y el menor expresa poco o nada sobre sus intereses, intentando evitar coincidir con él, provocándose un distanciamiento que les lleva a una desconexión emocional entre ambos. Esto sólo se rompió en el momento donde coincidieron en otra ciudad trabajando juntos, en donde ambos si hicieron por interesarse mutuamente de las circunstancias del otro, con lo cual damos por hecho que César siempre ha intentado llevarse bien con su padre, sólo que entre otras cosas su padre no ha tenido las suficientes habilidades para posibilitar el acercamiento mutuo, pero César lo intentaba en muchas ocasiones, y tal vez no todos estos intentos eran percibidos por su padre.

Así pues, por una parte la semilla patológica se basaba en que su padre estaba desconectado de César y sus intentos de conectar con él, sólo se daban a través de exigencias, de expectativas que él tenía acerca de su hijo. Por otra parte, la madre intentaba una y otra vez buscar soluciones sobre responsabilidades que en realidad tenía que cubrir su propio hijo, las cuales eran improductivas.

He aquí uno de los puntos álgidos en los que se basó la terapia y no es otro que el hecho de que la madre comprendiera que la actitud de su hijo procedía de la incapacidad para establecer otro tipo de relaciones debido al contexto en el que se estaba desarrollando, que de alguna manera le posibilitaba una compensación emocional y equilibraba, aunque no de manera sana. La descompensación que sentía ante el desenganche emocional con su padre también potenciaba en el menor parte de estas conductas y esto no guardaba relación con una posible incompetencia por parte de la madre.

Toda vez que hemos obtenido los resultados de esta investigación, nos disponemos a llevar a cabo las conclusiones del mismo, a fin de dar a conocer de manera resumida e interconectada el marco teórico con el marco práctico y posibilitar así una serie de aportaciones científicas que sirvan de base para futuras investigaciones sobre la temática.

4. Discusión y Conclusiones

Coincidiendo con lo descrito en los resultados obtenidos relativos al objetivo 1, significar una de las conclusiones del Informe del Defensor del Pueblo (2009) cuando evidencia que en muchos casos, el personal se encuentra desmotivado por un trabajo muy estresante, con escaso soporte y formación continua, con horarios variables, una exigencia de disponibilidad total, un salario no especialmente motivador, y un proyecto cuya gratificación se percibe a medio/largo plazo. Eso da lugar a numerosas bajas temporales y ceses voluntarios, con la consiguiente rotación continua de la plantilla.

Existen carencias a la hora de proponer tareas, actividades, horarios, etc., por parte de los educadores, quienes, salvo en contadas ocasiones, no hacen uso de los “mensajes yo”, que se definen como aquellos que se envían en primera persona y

se utilizan para definir el origen personal de los sentimientos que se experimenta, de las opiniones que se expresan y de los deseos y preferencias que se tienen, todo ello sin evaluar o reprochar la conducta de los demás y facilitando la expresión de las diferencias y del desacuerdo. (Troyano y Carrasco, 2006: 9)

Teniendo en cuenta los resultados del objetivo 3 de este estudio, significar que coincidimos con Kreuz (2011) cuando hincapié en que:

La vida emocional de los adolescentes se caracteriza por la polarización afectiva: los estados pueden cambiar en cuestión de minutos, oscilando entre: dependencia-independencia; amor-odio; idealista-espiritual-materialista exigente; individualista exagerado-miembro sumiso de su grupo; energético imparable-“pasota” pasivo; austero-exquisito (:145)

En estas edades los menores viven una crisis de oposición familiar, en cuanto a la necesidad que tienen de autoafirmarse, con necesidad de autonomía, de independencia intelectual y emocional” (Menéndez-Benavente, 2006), e igualmente existe una “oposición social: de rebelión en

cuanto a los sistemas de valores de los adultos y las ideas recibidas. Achacan al adulto sobretodo su falta de comprensión y el hecho de que atenta contra su independencia. Hay una necesidad clara de participación: la uniformidad en el lenguaje y en la vestimenta de los adolescentes, no es más que la necesidad de encontrar un sitio en medio de la desorientación, encontrar el afecto que ya no aceptan de los padres, y ese hecho de ser considerado, aprobado por el propio grupo, a veces lo viven de una forma obsesiva, primando su actitud gregaria por encima de su propia individualidad (Menéndez-Benavente, 2006), que se ve refrendada en estos menores a través de conductas de rebeldía continua y de desidia.

A tenor de la información obtenida en el objetivo 5 de esta investigación, estamos de acuerdo con Abeijón (2011) cuando indica que si la conducta violenta forma parte de una comunicación, quiere decir que está inscrita en una relación y que, por lo tanto, necesita una respuesta, iniciándose así un proceso de comunicación, respuesta, comunicación en la cual para entender el significado de la conducta es imprescindible observar todo el juego relacional, es decir, recoger y analizar las respuestas.

A tenor de los resultados obtenidos en el objetivo 6 de esta investigación, coincidimos con Nardone (2003) y Santiago-Almazán (2008), cuando consideran que no existe un estilo educativo que favorezca la violencia, sino que este fenómeno dependerá de las dimensiones anteriormente expuestas (hiperreactividad versus infrarreactividad; inhibición versus descontrol). A actitudes más extremas por parte de los padres, a la hora de disipar las conductas negativas de sus hijos, mayor probabilidad de que estos extremen las mismas, dándose de esta forma situaciones de violencia filio-parental.

Igualmente, como ya hemos comprobado en el estudio realizado, coincidimos con Micucci (1995) y Omer (2004) cuando comentan en sus análisis que una vez que se inicia el ciclo de la violencia los hijos se orientan cada vez más hacia el poder mientras los padres lo hacen hacia la indefensión. Esto hace que los padres se centren en los aspectos negativos de la relación con sus hijos, disminuyendo la atención y el reconocimiento hacia las cualidades positivas que sus hijos evidencian en la interacción con ellos.

Finalmente, coincidimos con Fernández (2008), cuando comenta:

En la legitimación de la violencia intervienen una serie de procesos psicosociales que se retroalimentan (reforzándose unos a otros) y que en conjunto ponen de manifiesto que socialmente se comparten una serie de registros y de normas, que permiten que la violencia pueda ser utilizada en determinadas circunstancias en función de diferentes parámetros. (: 112)

Referencias bibliográficas

Abeijón, José A. (2011). La violencia en su contexto (pp. pp. 24-44). En R. Pereira (Coord.), *Psicoterapia de la violencia filio-parental. Entre el secreto y la vergüenza*. Madrid: Morata.

Agustina, José. R. y Romero, Francisco (2013). Análisis criminológico de la violencia filio-parental. *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 9, 225-266.

Almagro, Paloma, Cutillas, María J., Sánchez, Sandra y Sola, Marina (2019). Fuerza exterior, debilidad interior. Ejes fundamentales de la violencia filio-parental. *Revista sobre la infancia y la adolescencia*, 16, 1-13.

Aroca, Concepción (2010). *La violencia filio-parental: una aproximación a sus claves*. Valencia: Universidad de Valencia.

Defensor del Pueblo Español (2009). *Informes, estudios y documentos. Centros de Protección de Menores con Trastornos de Conducta y en Situación de Dificultad Social*. Madrid: Publicaciones de la Oficina del Defensor del Pueblo.

Fiscalía General del Estado (2010). *Memoria elevada al gobierno de S. M.* Recuperado de https://www.fiscal.es/fiscal/PA_WebApp_SGNTJ_NFIS/descarga/MEMFIS11.PDF?idFile=b2eb5133-c29e-4930-a783-41e4b15fc70f [Consultado el 13 de octubre de 2018].

Fiscalía General del Estado (2015). *Memoria 2015*. Recuperado de <https://goo.gl/ft1Qxo> [Consultado el 23 de julio de 2018].

Harbin, Henry T. y Madden, Denis J. (1979) Battered parents: a new syndrome. *The American Journal of Psychiatry*, 136, 1288-1291 DOI: 10.1176 / ajp.136.10.1288

Kreuz, Annette (2011). ¿Kdms I mrts a I 6? Entender a los adolescents en terapia familiar (pp. 129-149). En R. Pereira, (Coord.) *Adolescentes en el siglo XXI. Entre impotencia, resiliencia y poder*. Madrid: Morata.

Menéndez-Benavente, Isabel (2006). Adolescencia y violencia: ¿Crisis o patología? *Isabel Menéndez Benavente Clínica de Psicología*, pp. 1-15. Recuperado de <https://docplayer.es/9458724-Adolescencia-y-violencia-crisis-o-patologia.html> [Consultado el 05 de octubre de 2018].

Micucci, Joseph A. (1995). Adolescents who assault their parents: A family systems approach to treatment. *Psychotherapy*, 32(1), 154-161.

Nardone, Giorgio (2003). *Modelos de familia: conocer y resolver los problemas entre padres e hijos*. Barcelona: Herder.

Olsen, Wendy (2004). *Triangulation in Social Research: Qualitative and Quantitative Methods Can Really be Mixed*. Development in Sociology. Causeway Press.

Omer, Haim (2004). *Non violent resistance: a new approach to violent and self-destructive children*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pereira, Roberto y Bertino, Lorena (2009). Una comprensión ecológica de la violencia filio-parental. *Redes*, 21, 69-90.

Pereira, Roberto y Bertino, Lorena (2010). Cuando los adolescents toman el poder. *Sistemas Familiares y otros sistemas humanos*, 26(1), 93-115.

Pérez, Tatiana y Pereira, Roberto (2006). Violencia filio-parental: un fenómeno emergente. Introducción. *Revista Mosaico*, 36, 1-3.

Santiago-Almazán, Luis (2008). *Intervención con familias de adolescents problemáticos*. Barcelona: Centro Kine.

Troyano, Yolanda y Carrasco, José L. (2006). *Las habilidades de comunicación en la resolución de conflictos grupales*. Recuperado de http://cmapspublic.ihmc.us/rid=1213210742640_760464573_12017/1.pdf. [Consultado el 10 de agosto de 2018].

PROCESO EDITORIAL ▶ EDITORIAL PROCESS INFO

Recibido: 19/11/2018 Aceptado: 07/06/2019

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO ▶ HOW TO CITE THIS PAPER:

Trujillo Vargas, José Jesús (2019). Menores en riesgo: la violencia de los menores en diferentes contextos socioeducativos. *Revista de Paz y Conflictos*, Vol.12 (1), 229-249.

SOBRE LOS AUTORES ▶ ABOUT THE AUTHORS

José Jesús Trujillo Vargas es Doctor en Pedagogía Social, a través el Dpto. de Educación y Psicología Social de la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla). Contratado doctor reconocido por la Aneca y la DEVA (Agencia de Calidad y Evaluación del Profesorado Andaluza). Profesor/redactor de la Escuela Internacional de Mediación de Málaga (<https://eimediacion.edu.es/>), donde imparte varias asignaturas. Posee más de seis años de experiencia como docente – investigador en diferentes universidades, nacionales y una colombiana, tanto a nivel presencial como a través de formación e-learning. Miembro del Grupo de Investigación en Acción Socioeducativa (GIAS) de la UPO.